

sabilidad de las diversas facciones políticas, fue que la corona nunca lo puso fácil.

JOSEP ESCRIG ROSA
Universitat de València

VILAR, María José, *Diario del viaje y misión diplomática de Francisco Merry y Colom a Marraquech en 1863*, Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia, 2014, 228 pp.

El último libro de la profesora María José Vilar es edición facsimil de un libro trufado de connotaciones ideológicas colonialistas y de una cosmovisión euro-centrista, el *Diario del Viaje* oficial realizado en 1863 a Marraquesh –a la sazón, sede de la itinerante corte del Sultán marroquí Mohammed IV–, por Francisco Merry y Colom, primer embajador de España en Marruecos. Acreditado como tal tras la llamada “guerra de África” o crisis bélica hispano-marroquí de 1859-60, con su actuación ante la sede de la Administración central marroquí, intentó posibilitar la apertura de unas relaciones diplomáticas y comerciales continuadas “en un ámbito de paz” con el Imperio jerifiano a partir de entonces. El *Diario* de Merry es, ante todo, una fuente de indiscutible alto valor historiográfico tratándose de un texto breve y sintético de esmerada redacción, y por tanto de fácil lec-

tura, viniendo complementado por la profesora Vilar, con una documentación adicional, inédita hasta el momento, y fruto de laboriosa búsqueda y cuidada selección practicadas en los dos principales archivos madrileños que atesoran los textos de la diplomacia hispana de la época. Esta información adicional constituye –por ende– un aporte básico e imprescindible para un completo conocimiento y correcta comprensión de los contenidos y alcance de la Misión Merry en Marraquesh de 1863, de amplia proyección en el marco de las relaciones hispano-marroquíes contemporáneas. Baste decir que esa selección documental aporta múltiples informaciones confidenciales del agente español no contenidas en su *Diario* sobre el viaje en sí, su recorrido e incidencias, la realidad marroquí del momento, y sobre las conversaciones y acuerdos con el Sultán Mohammed IV. Por ello, la importancia del material aportado estriba no sólo en su manifiesto interés histórico, sino también en sus referencias geográficas –orografía, hidrografía, clima, vegetación, etc.–; a ellas se suman informaciones no menos interesantes desde el punto de vista demográfico y social (detalles sobre la población rural y urbana, nomadismo y estilo de vida, salubridad e insalubridad de las comarcas visitadas, epidemias y endemias locales), económico (cultivos, producciones, tráfico, mercados, sistema tributario, etc), cultural (organización familiar y tribal,

tradiciones, costumbres y folklore) y político. En lo tocante a este último punto, en el texto aparecen desde referencias a la dinámica interna del país y su presente y pasado históricos inmediatos, las variables relaciones de los poderes regionales y locales con el Majzén y la seguridad e inseguridad en las zonas rurales, a la doble dimensión político-religiosa de la autoridad del Sultán, y los límites de esa autoridad y el protocolo de su corte. Incluidos interesantes detalles sobre su persona, relaciones familiares y colaboradores más próximos. Uno de los aspectos históricos más relevantes que resalta a través del análisis de la profesora Vilar se puede enlazar en el desarrollo de una de las frases de Gramsci, que con ser frecuentemente citada, pocas veces lo es de forma completa. Decía el teórico marxista italiano que “cuando lo antiguo no muere, y lo nuevo no acaba de nacer...en esa época de transición, de claroscuro se engendran monstruos”. Tal tipo de procesos históricos es el propio del Marruecos de la segunda mitad del siglo XIX, donde el país no acaba de perder su independencia, a la par que sufre un intensísimo acoso capitalista-imperialista, y es en ese contexto donde se genera la desvertebración de la sociedad tradicional marroquí o la aparición de grupos ‘políticos’ –de presión– en la Corte del Sultán, quintacolumnistas de determinadas potencias con aspiraciones colonialistas en el noroeste africano.

Es el caso del pro-hispano, encabezado por Muley El-Abbas, hermano del Sultán, comisionado en la paz de Wad Ras de 1860, y luego defenestrado por las presiones de los que le acusaban de haberse vendido a los españoles. Para España, la pérdida de quien capitaneaba su lobby, suponía poner en riesgo la influencia adquirida en los asuntos marroquíes tras la guerra. Merry y Colom buscaba primordialmente su rehabilitación.

Un lugar singular merecen en el libro las pinceladas sobre el tratamiento del paisaje, el detallismo minucioso en la descripción del territorio y de la luminosidad que lo envuelve y matiza –“*un viento abrasador, el calor que despedía la tierra y el vivísimo reflejo de la luz solar en la inmensa llanura que nos rodeaba*” (pp. 164 y 193)–; interpretación directa y animada de la naturaleza que aparece como una herencia de los autores románticos decimonónicos, con maravillosos espectáculos de noches de luna, océanos en calma, oasis frondosos y escarpadas montañas, fulgurantes amaneceres y gloriosas puestas del sol. Marruecos se convierte en Merry en una piedra de toque para la imaginación sedienta de belleza, misterio y voluptuosidad. De hecho, esta parte del libro, compleja con todo de analizar, es rica en intervenciones donde la prosa sensorial y voluptuosa del diplomático hispano evoca los placeres de tan ‘romántico’ viaje por el exótico Sultanato a través de la belleza del

paisaje, de los olores de las flores, de la música, de las propias situaciones de relax en el campamento, tras la jornada agotadora del día, en unos lugares llenos de sutil encanto, delicados aromas, de suaves músicas que entonan los cabileños del lugar o de la escolta. Experto viajero, el diplomático español parece parafraseando a Charles Bukowski, entender que lo más importante es saber atravesar el fuego del desierto, y se muestra como alguien muy capacitado a la hora de recorrerlo. Estas páginas de la travesía de la llanura desértica están llenas de fuerza, de vigor. Merry no llega a tener la capacidad de descripción del mar de arena que acompaña los libros de Pierre Loti o los de Zane Grey —que en intensas narraciones como en *Los caminantes del desierto*, llenas de poesía agreste y atrayente fulgor, refleja magistralmente la hermosura de este ámbito geográfico—, pero su prosa no deja de sorprendernos y cautivarnos. Con todo, la obra está tamizada de algunos estereotipos. Tales estereotipos suponían básicamente una manifiesta incapacidad para percibir un Marruecos real, por mucho que los escritores como Merry pretendan reproducir con objetividad lo que perciben. Lo cierto es que el texto de Merry transmite, más bien, un Marruecos *recreado* imperceptiblemente, lastrado por una serie de clichés fuertemente arraigados a nivel subconsciente. De hecho, la representación del Imperio jerifiano que encontramos en

el texto, analizado por la profesora Vilar, esconde, bajo la apariencia de una descripción realista, una verdad última consistente en que esta representación es meramente eso, no un retrato natural, sino una *convención*, una *representación*. Además y en contrapartida a los encantos de la naturaleza, el mundo urbano en el Sultanato, tal como aparece en el libro de Merry, es un complejo mugriento, sórdido, decadente y carente de higiene. El pesimismo del autor con respecto al calamitoso estado del Imperio marroquí hallará frecuente recurso de transposición en las ruinas urbanas, que aparecen como manifestación penumbrosa de un glorioso pasado ahora olvidado. Marrakesh, meta final del viaje aparece descrita como símbolo de la decadencia de un Imperio, en la lejanía es presentada resaltando con sus murallas y torreones rojizos, sus casas blancas, rodeadas de extensísimos jardines con árboles seculares e inmensos bosques de palmeras o naranjos, recortándose sobre las gigantes cumbres del Atlas, cubiertas de nieve, mientras el sol de África brilla en un cielo luminoso, azul, límpido, de completa claridad... (pp. 81-85), pero vista de cerca es una ciudad muy degradada, sus murallas y sus palacios están ruinosos, escalados por la maleza, derribados por la erosión del tiempo y la dejadez de los hombres; la hermosa Qutubiyya, la mezquita hermana de la almohade de Sevilla languidece (pp. 96-97).

Es de particular referencia la habilidad que muestra la profesora Vilar a la hora de estudiar cómo interpreta el diplomático hispano, la figura de los habitantes del Imperio jerifiano. Dotada la obra de una copiosa base bibliográfica, esta parte del libro es una herencia directa de la inteligente utilización que la investigadora murciana ha hecho de algunos elementos del clásico de Frantz Fanon, *Los condenados de la Tierra*, uno de los primeros libros de referencia de los estudios postcoloniales, inmerso en el marxismo europeo a la vez que crítico con éste, y una valiosa herramienta para poner en cuestión las representaciones del Otro –africano, colonizado– que presentan como culturalmente superior al “yo-nosotros” blanco/colonizador. En *Los condenados de la Tierra*, tomando África y en particular, el caso magrebí como objetos de análisis, Fanon describe los caracteres de las subjetividades hiperexplotadas de las regiones periféricas colonizadas (los parias, los Otros por excelencia). El libro de M. José Vilar, estudiando las ideas de Merry, al socaire del auge alcanzado en los últimos 30 años, por los estudios culturales y postcoloniales, es una más que notable reactualización de la cuestión fanonista de la alteridad de los colonizados. Con sus pertinentes críticas, Vilar explica cómo en el libro de Merry se nos presenta al Otro (al marroquí) con un carácter subalterno que deja todo el poder de definición

de la realidad al observador-narrador occidental; en muy pocas ocasiones el marroquí establece un diálogo real, en términos políticos, vivenciales y culturales con el español que altere la unidireccionalidad de la representación de Marruecos en el texto. En ciertas ocasiones, sin embargo, tal como recalca la analista, Merry trasciende los tópicos y es capaz de valorar los valores positivos del pueblo marroquí (pp. 23 y 68, cuando habla de las infraestructuras hidráulicas, grandes cisternas construidas por el Majzén para asegurar las reservas hídricas ante la falta de agua en el camino de Sawira a Marrakesh, pag. 70 sobre la generosidad de los bereberes hacia los viajeros españoles, etc). En estas partes, se nos presenta otra parte del continente, la más pegada a la realidad: África como la calidez, la calidad de sus habitantes. Con todo, el Otro (el marroquí, el futuro colonizado) raras veces aparece como sujeto que adquiera voz y pensamiento mediante la dialéctica o la confrontación cultural, jamás es presentado como un antagonista político que cuestione el lugar de enunciación hegemónico de un Merry (el cual en todos sus análisis habla sobre y desde Occidente) que no oculta un cierto sentimiento a veces incluso autocomplaciente, de superioridad cultural al apostar por un tipo de presentación o estética literaria que hace no invisible, pero casi mudo al futuro colonizado. Y es que Merry presenta al Otro

(el digno de ser colonizado) con un carácter subalterno que reserva, por tanto, para ese observador-narrador occidental la facultad de representar y de llevar a cabo un juicio moral. El gran aparato propagandístico del colonialismo se había puesto en marcha: de alguna manera se debía justificar la expropiación de los recursos de África por los europeos, y la aculturación. Los colonialistas necesitaban dominar al Otro, domesticarlo y por lo tanto, representarlo. Por ello, crearon una mirada inventada de África que respondía a aquello que eran capaces de vez, pero también a aquello que les interesaba ver, pergeñando una ideología, unos estereotipos, unas imágenes míticas de África y de los africanos. En este sentido, Vilar ha sido particularmente sagaz a la hora de extraer los elementos esenciales del texto, sabe que no estamos ante un problema de orden epistémico derivado de la presentación de cosmovisiones civilizatorias diferentes, por mucho que algunos estudiosos como Walter Mignolo lo planteen así, y ello le ha permitido jugar libremente con el contexto y la estructura narrativa; por lo tanto, esto ha requerido una lectura capaz de reconstruir las intenciones políticas más explícitas del texto del diplomático y revelar ese racismo implícito a la mirada occidental que identifica colonias y colonizados con el primitivismo.

La violencia constituye, por ende, un arquetipo a través del cual se pre-

tendía demostrar la cualidad amoral y animal del marroquí. Son muy abundantes las referencias a ello: así, refiriéndose a los cabileños de Beni-Sbaa, habitantes del desierto, se dice que “*tienen reputación (...) de feroces y díscolos, y son temidos de sus vecinos por sus rapiñas, para hacerlas a mansalva y no tener que perder, no siembran sus campos y se mantienen de leche y del fruto de sus excursiones: las inmensas llanuras (de su territorio) (...) están completamente incultas; no hay en ellas un solo árbol, ni una choza ni un solo manantial de agua, (...) ni paja ni hierba para los caballos*” (p. 75); en la página 79 se insiste en la marcada ferocidad de las cabilas montañosas de Metyata, Gurgura, Miismisa y Mesuda, sus componentes son calificados de auténticos salvajes, cuyos instintos violentos les llevan a enfrentarse incluso con los representantes del Sultán (pp. 80-81); en la página 97 se insiste en que “*las feroces kabilas del interior, que han sido siempre la fuerza principal de este Imperio, y que tan denodadamente combatieron la guerra con España, carecen de todo, despojadas por la rapacidad de los Bajaes*”. Esta imagen de ferocidad, una de las características definidoras del bárbaro y del hombre salvaje fatalmente aparece endosada al marroquí. La antítesis de esta ferocidad la conformaba la civilización blanca, regida por la paz y el orden que hacía posible el Estado moderno, al cual le era

reconocido el derecho y el monopolio de la violencia. De hecho, Merry con demasiada frecuencia vierte opiniones personales negativas que hace extensivas al pueblo marroquí en general, a su juicio sumido en la explotación, la ignorancia y la barbarie. A la vez, la tendencia, tal como señalaron Fanon y Edward Said, a subrepresentar, alterizar e invisibilizar por parte de la cultura hegemónica colonial de los dominadores a los habitantes de los territorios que la organización capitalista como sistema histórico y a la vez sistema mundial de organización del trabajo y de la producción configuraba como áreas geográficas diferenciadas —periféricas— con unas identidades étnicas, raciales y culturales asociadas a esa división y roles de género indispensables para la reproducción social, en función de los intereses europeos, viene acompañada de una categorización espúrea del nacionalismo resistente del pueblo marroquí, que es visto por Merry como “profundamente xenóforo”, y muy “especialmente hispanóforo”, desde la derrota ante España en 1860, de efectos políticos y económicos profundamente perturbadores para un Estado en manifiesto declive (p. 23).

Merry se acercó pues a la realidad marroquí con una mirada oblicua, sesgada, deformada e irreal, con la referencia a la desilusión que le afecta, anclado como está en el recuerdo del

glorioso pasado del Islam andalusí, al constatar la decadencia de la civilización musulmana en el Sultanato marroquí. En este sentido, cargó las tintas sobre la penosa impresión que le causó la general miseria del país, tanto por la escasez de recursos como por la mala gestión de los disponibles y la pobreza general de la población. Todo ello perceptible incluso en el abandono y ruina de los edificios públicos, sin exceptuar los de la propia Corte de Marrakesh. Cuando en la página 96, por ejemplo, se habla de la recepción de la Embajada española por el Majzén, se hace especial hincapié en la gran miseria del centro de la Administración jerifiana, que en vano los marroquíes trataban de encubrir. Así en la parada militar organizada, el regimiento estructurado por el Sultán al modo de los Ejércitos europeos, “*sería una caricatura risible, si las caras famélicas de los soldados y la inmundicia que cubre los vivos colores de su uniforme no produjeran lástima*” (p. 96).

En definitiva, un libro bien escrito, que subyuga. La bibliografía consultada, como nos tienen acostumbrados esta autora, agota la temática contemplada. Inclusión de un útil aparato crítico y de atrayentes y sugerentes cuerpos de cartografía y láminas originales.

FRANCISCO MANUEL PASTOR
GARRIGUES
I.E.S. “Sanchis Guarner” de Silla
(Valencia)